

todos los uniformes me parecen iguales. Ojalá que usted no..."

Sonrió el general y, dándole palmadas en el hombro, le dijo: "No tengas cuidado, hijo; pero óye este consejo: cuidate de hacer semejante cosa con un subteniente".

Me gusta esta anécdota porque la mayoría de las dificultades con que he tropezado en mi vida, han sido al tratar con "subtenientes".

Me ha tocado en suerte poder tratar a un número considerable de grandes hombres y de hombres muy próximos a merecer tal calificativo, y he podido comprobar que, sin excepción, su sencillez está en relación directa con su grandeza. En cambio, los insignificantes siempre se han mostrado presuntuosos, impertinentes y tanto más celosos de sus prerrogativas cuanto más escasa era su estatura intelectual.

Por experiencia sé que cuando tropiezo con alguna dificultad en mis modestas operaciones comerciales, la única forma de lograr que atiendan mis quejas, consiste en elevarlas al jefe de la empresa. Durante el verano pasado, tuve una dificultad con el representante local de la General Electric. Mis gestiones en aquella oficina resultaban inútiles y decidí dirigirme a la de Nueva York. Mi carta quedó sin respuesta; escribí otra, al jefe del departamento de que dependía directamente el asunto al cual se concretaba mi queja. Los resultados fueron igualmente negativos. Entonces, por mera diversión y como experimento, resolví escribir a Owen D. Young, Presidente de la compañía y eminente

te financiero. A la mañana siguiente recibí una respuesta: una de las cartas más rígidas que he visto. No tardaron en llegar los subordinados y mi reclamo fue atendido de una manera rápida y eficazmente.

Alguien definía la modestia como "la que el cuerpo asume para que el alma no se pierda". Esta definición, por ser veraz, no tiene nada de sorprendente. Ver con la natural circunspección y gravedad a que se recurre para hacer algo. Recuerdo que en un momento al principiar un ensayo, y desde hacía mucho tiempo me mandaban familiarmente que lo oyó, me decía despectivamente que usted que un mozo lo trata con tanta modestia.

"Es que estoy seguro que teme que se le desprecie si no necesita mantener la distancia con los subordinados."

La modestia, como es lógico, requiere una confianza bien fundada en la propia conciencia clara de la propia virtud. Fui agente de publicidad para una famosa actriz norteamericana. Su propia belleza y seguridad en sí misma, su gesto de extrañeza, por el que se miraba al espejo y me hacía recordar las presuntuosas mis palabras de elogio durante var-